



ERNESTO DURIAS

CASA MUSEO UNAMUNO

«Cansóse el cura de ver más libros y así, a carga cerrada, quiso que dos los demás se quemasen...»

Capítulo VI
Don Quijote de la Mancha

O. C. Tomo V.

8-69

(Nuestro Mundo, Madrid, 8 setiembre 1922)

BIBLIOFOBIA ALDEANA

EN la última novela del literato argentino Hugo Wast (Martínez Zuviría), y que ha llegado ya al ochenta millar, se indica la tirada de sus otras nueve, alguna de las cuales alcanza 95.000 ejemplares. No creo que sean muchos, si es que hay alguno, los españoles que alcancen hoy tal suceso de librería. Sé, por otra parte, que las obras de Hugo Wast empiezan a venderse en España, de seguro que más y mejor que las de los novelistas españoles en Suramérica (no Sudamérica), á pesar de esas bambollas del hispanoamericanismo de festival y brindis. Ni podrá ser mientras los libreros de allá sigan, como han venido soliendo hacer, traduciendo las pesetas por pesos.

¿Cómo se explica ese resultado de Hugo Wast en la Argentina, que tendrá poco más que la tercera población que España y la mitad si contamos las Repúblicas adyacentes? ¡Ah! Pero es que aquélla es una población más ciudadana, menos rural. Los dos millones de habitantes de Buenos Aires cuentan, para el consumo de libros, más que ocho millones de aldeanos, repartidos en aldeas, lugares y villas por el campo.

Pero hay más, y es que en unas naciones todo ó casi todo es aldea, hasta los grandes núcleos de población. Es aldeanería—*Bauerntum*, que dicen los alemanes—que á las veces y á trechos se condensa en grandes centros, como Córdoba, Zaragoza, Madrid, etc. En cambio, en otras naciones, como en Inglaterra, no hay aldeanos. Son las ciudades que, á partir de los arrabales, se desparraman por el campo. Un *farmer* es un ciudadano que explota una pequeña industria agrícola ó pecuaria y vive en el predio de explotación. Y suele tener su pequeña biblioteca de cultura general y de amena literatura. Mientras que en la casa de un rico hacendado campesino castellano, aragonés, extremeño ó andaluz difícilmente hallaréis un libro, y menos de actualidad. Sus horas de ocio las matan con la caza ó con la baraja. Ponerse á leer, ni por pienso. Como no sea algún periódico ó semanario ilustrado. Y aun éste es para ver los *santos*. Y luego suele haber en esos campos el doctor de escopeta y perro, analfabeto por desuso.

Es curioso eso del horror al libro, de la bibliofobia, tan característico de nuestra aldeanería rural ó urbana. (Urbano no quiere decir ciudadano ni civil.) Conozco villas de 4 á 6.000 habitantes—no almas precisamente—, cabezas de partido, en que no se podrían reunir 300 volúmenes ni recogiendo los de casa de los curas, médicos, boticarios, notario, juez y registrador. De las de los ricos propietarios, ni pensarlos. Y en el

Casino, ¡brenos Dios! A lo sumo, el Diccionario oficial para resolver las discusiones con apuesta sobre el valor de un vocablo.

De aquí, por otra parte, cierto carácter de fragmentarismo de nuestra producción literaria. Y hasta las novelas son publicadas antes en folletín. *La tierra de todos*, de nuestro Blasco Ibáñez, se viene publicando en *La Esfera*. El mejor medio para que llegue á las aldeas rurales ó urbanas. Y del tono que esa fragmentariedad, más aparente que real, da á la literatura, haciéndola periodística, hablaré otra vez.

Mi último volumen de relatos de viajes por España, *Andanzas y visiones españolas*, consta de cuarenta piezas, la mayoría de ellas publicadas antes en la Argentina y otras en España: un relato de una excursión á Las Hurdes y algo de Mallorca y Gredos, en *El Imparcial*; de Aguilar de Campó en *El Liberal*, y alguna cosa sobre Avila en este semanario NUESTRO MUNDO. Pues bien: de esas piezas, cuando las publiqué en periódicos, cobré 3.970 pesetas. Para sacarlas del libro me sería preciso que se vendieran 6.615 ejemplares de él. Y á esto, al mejor andar, ni en una quincena de años; lo más probable es que nunca.

«Compro un libro, lo leo y luego, ¿qué hago de él?», me decía un aldeano nacido y criado en una gran ciudad y en la que vivía. En cambio un diario ó una revista tiene otros usos. Respecto á un nuevo diario de la aldea que hace de Corte y Capital de España me decía un corresponsal administrativo que, aparte de las ilustraciones, se debía la buena acogida que ha logrado á que los comerciantes estiman que es de un buen papel para envoltorios. Así los billetes de 100 coronas austriacas sirven para envolver cajitas de bombones. ¡Tan baratas andan las coronas, sobre todo cuando tienen algo de austriaco!

Y el problema de la difusión del libro no es problema de alfabetismo. El aldeano, rural ó urbano, aunque sepa leer y escribir, aborrecerá siempre el libro. O más bien que aborrecerle, le tendrá horror. El libro, esto es, la Biblia, ha sido el enemigo de la aldeanería, del paganismo. El aldeano, el hombre de la tierra, teme al libro. Le teme y le venera; pero le venera como á un fetiche maléfico, como á un demonio. Lo saben bien los abogados de nuestras aldeas que decoran sus despachos con algunos solemnes volúmenes. De alguno sé que con colecciones de *La Ilustración Española y Americana*.